





Julián Ibáñez

El matón  
al que engañaban  
las mujeres



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº16—

SERIE BELLÓN, 8

MADRID • MMXVII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Ilustración de cubierta © Everett Collection  
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Abril 2017  
I.S.B.N: 978-84-946262-4-1  
Depósito legal: M-7982-2017  
Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Serían como las siete cuando puse los zapatos fuera de casa en busca del billete que llenaría mi plato y pagaría mi cama. Elijan un día cualquiera entre semana, uno de esos días ventosos y tristes de febrero.

Bugas blancos y azul oscuro formaban la corriente metálica del tráfico; tipos encorvados se apresuraban a ocupar su silla de todos los días; chonis con botas de caña y pantalones ceñidos se encaminaban con rotundo taconeo a sostener en pie negocios que se derrumbaban.

Hacía frío, veía salir mi respiración. Las nubes no se iban y el sol igual ni aparecía.

Después de patearme una docena de calles, dejando atrás El Gallinero, pensé que en el Menta y Canela podían tener algo para mí. La noche pasada me había azotado los morros con dos lonchas de jamón, así que andaba corto de pasta.

En el Menta y Canela había solo un cliente pegado a la barra, un tipo cualquiera, no le conocía. Florián respondió a mi gruñido con otro gruñido, sin mirarme porque nada nuevo iba a encontrar en mí. No me dijo que hubiera habido una llamada para mí, se limitó a ponerme el botellín y a moverse al otro lado de la barra haciendo su trabajo. Un minuto después, dándome la espalda, me dijo que había alguien esperándome.

Levanté el botellín y eché un trago.

—¿Alguien?

No debían ser todavía las nueve, demasiado pronto para que nadie quisiera verme.

Florián terminó con lo que estaba haciendo, pero descorrió la puerta de uno de los armarios como si se hubiera olvidado de mí, y sacó un cartón de tabaco.

—Parece una mujer —dijo, al fin.

—Entonces será una mujer —miré a mi alrededor—. ¿Tan pronto? ¿Dónde la tienes?

No me contestó. Al fondo había un par de pequeños reservados. En el primero se proyectaba una sombra en el suelo del pasillo. Eché otro trago y, sin soltar el botellín, fui hacia allí.

Era una mujer. Una pelirroja. Esto no es decir demasiado, sino que su cabello era rojo de verdad, un rojo rabioso. Estaba sentada de espaldas a la barra, como si lo que pudiera suceder en el resto del bar no le interesara, de medio lado, con las piernas hacia el pasillo. Fue donde se pusieron mis ojos mientras me acercaba. Volvió la cabeza pero no las recogió, se limitó a mirar de nuevo al frente porque, al parecer, yo tampoco le interesaba, luego miró las piernas como si no fueran suyas cuando yo me desviaba para evitarlas.

Era la primera vez que la veía, de haberla visto antes mis sueños hubieran mejorado bastante.

Ya he dicho que su cabellera era de un rojo intenso. Desde lo alto le caía en cascada a ambos lados hasta casi los hombros y en el centro, no, no había un flequillito, sino dos grandes crenchas a derecha e izquierda, como un telón que se está levantando, la de la derecha tapándole casi el ojo. Era lo más parecido a una

aurora boreal, para que se hagan una idea, me refiero a la cabellera. Demasiado perfecta, demasiado impresionante, llegué a pensar que se trataba de una peluca. Sin embargo, como ensiguiera pude ver, tenía algunas pecas sobre el puente de la nariz y los pómulos, por lo que el color rojo del pelo quizás era natural, a no ser que las pecas fueran también postizas. Los ojos eran grandes y tirando a verdosos, como los de algunas mujeres de piel oscura con el velo en la cabeza, ojos que al darte un repaso dejaban un surco como el diamante sobre el cristal.

Sobre la mesa había un vaso mediano de agua y una botella pequeña casi vacía. Hacía bastante que me esperaba. Su rostro no reflejaba nada. Ya he dicho que era la primera vez que la veía, pueden buscar en mi diario y no encontrarán ningún signo de admiración.

—¿Ha preguntado por mí?

Me miró de nuevo, pero demoró la respuesta un par de segundos, como si mi pregunta hubiera tenido que sortear algunos obstáculos, mientras sus ojos de gato iniciaban su trabajo de disección.

—¿Bellón?

Su voz, grave y clara, encajaba con todo lo demás, era algo sólido a lo que podías aferrarte, como una roca emergiendo en el océano. Fue la primera impresión que me dio: solidez, entereza, saber estar. Recogió las piernas como si ya hubieran hecho su trabajo.

Me senté enfrente de ella. Retiré la botellita depositando el botellín a su lado, dando a entender que era mejor que no hubiera ningún obstáculo entre nosotros.

Nuestras miradas se enredaron, ninguno de los dos cedió. Cuando retiré la mía había aprendido unas cuantas cosas.

No era una “mujer”, era una señora. Estilizada y violentamente pelirroja aunque fuera una peluca. Esa mirada, esa mirada de gato para la que ahora solo existía la jeta de Bellón, la pondría en el estante de las cosas especiales con las que me había encontrado en la vida, un estante medio vacío. Las dos crenchas no lograban ocultar las cejas, que no eran del todo curvas, sino algo circunflejas, porque estaba harta de ver curvas en el espejo. Cuello fino, frágil. Hombros de tenista rusa... Y adivinaba lo que vería cuando se pusiera de pie. Le calculé un par de años para encargar la tarta de los cuarenta.

—¿Es usted?

—Sí.

Nuevo repaso. Su mirada había perdido algo de su filo. Tomé la palabra:

—Ha preguntado por mí. Eso es que quiere algo.

No me respondió de inmediato, como si buscara la primer palabra de lo que me iba a decir.

—... Quiero... —no se me pasó por alto como se inclinaba imperceptiblemente hacia delante—. ... quiero... —de pronto se echó hacia atrás y su mirada ganó en intensidad—. ¿Es usted discreto?

Vaya, nos tocaba empezar por el final.

—Depende para qué. ¿Esta reunión es secreta?

Me miraba con los labios cerrados, podía interpretarse como un reproche.

—Quizás no es usted lo que ando buscando.



—Quizás no lo soy. Quizás no es usted la chica de mis sueños, todavía no la he visto saliendo del baño.

Me contempló otro poco, luego cogió el bolso que tenía en la silla de al lado e hizo ademán de incorporarse.

—Lo que menos necesito es un descarado.

—El descarado es una llave que abre muchas puertas, la de un burdel o un convento. ¿Qué ha elegido usted? Por las piernas yo diría...

—Creo que me han informado mal —me interrumpió, incorporándose de verdad.

La atrapé del brazo, reteniéndola.

—Seguramente. Tenía que haberse dado cuenta al entrar en este bar, echan serrín en el suelo y los clientes cogen los pepinillos con los dedos. Y también al ver que la persona a la que estaba esperando lleva puesto un traje de treinta euros. Pero no ha salido corriendo, tampoco ha soltado un alarido, porque soy lo que anda buscando, un tipo que le va a resolver un problema por un billete pequeño, pero usted con ese billete quiere comprar bastante más. Quizás algo que no está en venta. Así que siéntese, beba un trago y ábrame su corazón.

Su boca se abrió sola y su mirada se hizo acuosa, pero enseñuida sus labios se apretaron, no tardó en poner un morrito indicando que estaba pensando. Se sentó. Una idea había entrado en su cabeza porque se relajó, mientras sus ojos me estudiaban ahora con curiosidad. Dejó de nuevo el bolso en la silla y:

—¿Treinta euros?, ¿en serio?

—Veinticinco fuera de temporada.

—Eso es lo que me cuesta a mí un pañuelo.

—¿Y lo tira después de utilizarlo?

Dejó escapar el aire por la nariz, con sorna.

—Déjelo. Cuando termine de trabajar para mí podrá comprarse diez trajes de verdad.

Llevaba puesto un conjunto amarillo pálido, con la falda hasta las rodillas y la chaqueta ribeteada de blanco. Al cuello un collar de bolitas de diversos tonos azules, o grises, no engarzadas, pegadas y un poco amontonadas como si a última hora hubiera decidido no dejarlas en casa.

—Necesito protección.

Era más o menos lo que esperaba, aunque parecía una choni muy capaz de defenderse empleando solo la mirada.

—¿Quién le quiere quitar el pañuelo?

—Déjelo, de veras... De mi marido.

O yo había oído mal o la voz se le había velado un poco. Por primera vez había bajado la mirada para comprobar si su marido estaba debajo de la mesa.

—¿Qué pasa con él?

Entonces levantó la cabeza.

—De palabra, no lo malinterprete. Nunca físicamente. Pero tengo miedo.

Vencido el último obstáculo me miraba casi retadora-mente. Yo no comprendía por qué necesitaba protección si no la pegaba, a no ser que temiera que sus gritos la dejaran sorda.

—Sí, es uno de los trabajos con los que me gano la vida. Cobro...

—¿Mañana, puede ser? —me interrumpió—. Por favor.

Me gustaría que viniera mañana a mi casa, entonces hablaremos. Concretaremos los detalles. ¿Puede usted mañana?

De pronto parecía tener prisa por marcharse, incluso cogió el bolso de nuevo.

Demoré mi respuesta para subir mi cotización. También para hacerme con las riendas de la conversación. Mi bolsillo se alegraría de acoger un par de billetes. Por la vestimenta y la pedrería parecía una choni con pasta, sólo tenía que coger la pala y cargar el camión.

—Sí.

Sacó una tarjeta del bolso y me la tendió. La cogí y la eché un vistazo: Carlota García de Velasco, luego una dirección en una urbanización de El Plantío y el número de un móvil. Había venido a Móstoles a buscarme cuando en El Plantío, si levantabas un adoquín, saltarían una docena de tipos que por uno de cinco la llevarían a la luna en brazos.

—¿Puede venir a mi casa?

—Sí.

Hizo una pausa, como si le hubiera sorprendido mi respuesta rápida y precisa.

—Entonces a eso de las once. ¿Puede ser?

—Mañana a las once, en la dirección de la tarjeta. ¿De la mañana?

—Sí, claro, de la mañana. ¿Le viene bien?

—Es mi trabajo.

—Entonces quedamos así.

No me había dicho si a esa hora su marido estaría en casa, ni siquiera que estaban separados. A las once de la mañana

todo el mundo está trabajando, al parecer ella no, y quizás tampoco su marido. Me pregunté de nuevo la razón de que se hubiera desplazado hasta Móstoles para buscarme.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Un amigo —me respondió cuando yo no había terminado de hacerle la pregunta, por alguna razón tenía la respuesta preparada.

No le pregunté qué amigo era ése, el asunto era otro.

Abrió de nuevo el bolso y sacó una billetera de piel blanca. Sacó unos billetes y los contó delante de mis narices para que los viera bien. No los traía en un sobre, pensé que era una mujer habituada a manejar billetes, quizás era cajera en un banco, o tenía una tienda de chucherías, o sabía que a los fulanos como yo se les eriza el vello cuando uno de cincuenta revolotea delante de sus ojos. Luego los dobló y me los ofreció con una leve sonrisa. Miré el fajo como si contemplara subir la marea, lo atrapé y dejé que su sonrisa entrara por mis ojos y buscara un rincón confortable en mi cerebro. Los billetes eran nuevos, crujientes, como si se los acabaran de dar en el banco.

Se levantó, se colgó el bolso al hombro, me dijo eso de entonces nos vemos mañana y tomó el camino de la puerta.

Me quedé mirando la silla donde había estado sentada, un par de minutos después caí en la cuenta de que sólo estaba mirando una silla vacía. Saqué el fajo y lo conté: seis de cincuenta. Trescientos euros por una charla de diez minutos. Eché de nuevo el fajo al bolsillo.

Puse al alcance de la zarpa de Florian un billete pequeño y salí a la calle.

Continuábamos con un cielo apagado. Mi única ocupación hasta la mañana siguiente era caminar con las manos en los bolsillos, entrar en un bar para tomar una cerveza y recorrer la barra con la mirada buscando algún conocido.

Me dirigí a Conde de Sepúlveda por Bodeguillas y Capuchinos. Las calles estaban despejadas, los currantes ocupaban ya sus sillas y a los jubilados todavía no les habían echado de casa.

En Bodeguillas me dio por pensar que podía tener un poco de charla con Marcela. Di media vuelta y enfilé hacia la gestoría. Apoyaría los brazos en el mostrador y le diría que era una buena idea eso de ponerse los niquis de su hermana pequeña, ella se reiría, se inclinaría y apoyaría también los brazos en el mostrador con sus ojos explorando mi cara, con esa sonrisa lenta que era como una puerta abriéndose de par en par.

Marcela no había llegado, era demasiado pronto, quien sí ocupaba su puesto detrás del mostrador era su marido. Le pregunté si tenían algo para mí y, en vez de contestarme, comenzó a escribir, lo intentó dos o tres veces pero el boli no funcionaba, se lo colocó delante de la boca sin mirarlo y le echó el aliento que debía estar a mil grados, escribió de nuevo y ahora sí. Diez minutos más tarde me dijo, sin mirarme, que no tenían nada para mí.